

# El providencialismo radical en el Cronicon de Hidacio

FRANCISCO JAVIER FERNÁNDEZ CONDE

*Seminario metropolitano de Oviedo.  
Universidad de Oviedo*

SUMARIO. 1. Introducción. — 2. Historia socio-política. — 3. Los “mala tempora” y las herejías. — 4. Fenómenos cósmicos extraordinarios. — 5. Fenómenos y prodigiosos no naturales. — 6. Conclusiones: en el horizonte, la Parusía.

## 1. INTRODUCCIÓN

Considerar la Providencia como factor explicativo esencial de los acontecimientos, de naturaleza religiosa o profana, constituye una de las características fácilmente reconocibles en la historiografía antigua, de manera especial en la cronística, como ya se ha formulado muchas veces en la historia de la historiografía. Esta forma de concebir y narrar las *res gestae* de los diferentes pueblos de la *Christianitas* o de los relacionados con el universo cristiano, traspasará también los siglos medievales y seguirá vigente, con mayor o menor claridad, en los modernos. En el Humanismo renacentista pueden encontrarse atisbos de unas formas hacer la historia diferentes, sin ese tipo de referencias a lo trascendente, más secular en definitiva, aunque sólo atisbos o intentos aislados de obras históricas, en las que las causas explicativas se inscriben ya en parámetros diversos. Pero aún en estos siglos XV-XVI el peso de la tradición providencialista seguirá todavía presente hasta la Ilustración<sup>1</sup>. Por otra parte, es muy sabido que los correlatos de esta historia “de impronta providencialista”, convierten toda la evolución de la misma en sagrada, con “últimas instancias”, en las que la influencia más o menos directa de la divinidad era siempre el horizonte de la comprensión general

---

1. Nos ocupamos de analizar la ideología de los humanistas españoles en nuestro trabajo: *La religiosidad medieval en España*. III, *Baja Edad Media*, Oviedo, 2011.

de lo sucedido, y, por lo tanto, sin cabida para elaboraciones históricas explicadas a partir de otras causalidades relacionadas con la influencia determinante de lo natural o de la responsabilidad plena de los sujetos humanos sociales e individuales. Nada tiene de extraño que ese providencialismo más o menos explícito, lleve aparejada una fuerte carga de moralismo histórico, según el cual el éxito o el fracaso de las personas y de los pueblos en determinadas etapas de su propia evolución histórica tendría mucho que ver con la bondad o maldad de éstos, permitida o queridos por la misma Providencia como expresión de su misterioso juicio sobre ellos. En este marco conceptual parece lógico, así mismo, que los emperadores y los reyes, o cualquier titular de poderes humanos, se considere como sujeto vertebrador de los correspondientes procesos históricos, porque el “principio fontal” del poder que ostentan y ejercen no es otro, en teoría, que el de la propia divinidad<sup>2</sup>.

El *Cronicon* de Hidacio constituye una muestra muy elocuente de la historia concebida y narrada desde esos puestos básicos. Y no podía ser de otra manera, ya que no hace más que seguir a los cronistas clásicos del Cristianismo de los primeros siglos, Eusebio de Cesarea y San Jerónimo<sup>3</sup>, a quien, al parecer, pudo conocer personalmente en Palestina, como el propio autor confiesa en la introducción (*Prefatio*) de su obra que cubre un largo tracto del siglo V:

“...ha seguido el ejemplo presentado por éstos (Eusebio y Jerónimo), Eusebio, obispo de Cesarea, que escribió en los libros de su colección historias eclesiásticas...hasta el año vigésimo de Constantino Augusto, emperador. Después de este, el escritor que le sucedió, conocedor de todos los monumentos que conservan los hechos y los dichos, el presbítero Jerónimo, también Eusebio de sobrenombre, traductor del Griego al Latín de los escritos de aquél, añadió la historia desde el año vigésimo del citado emperador hasta el décimo

---

2. Las características de esta forma de hacer historia han sido descritas de modo parecido en numerosos manuales y obras especializadas. A modo de resumen, puede seguir siendo válido: F. J. Fernández Conde, *El Libro de los testamentos de la Catedral de Oviedo*, Roma, 1971, pp. 61-67, donde se analiza el pensamiento historiográfico del obispo Pelayo de Oviedo (1101-1130), bien conocido por sus relatos históricos, llenos de interpolaciones curiosas, pero siempre cargadas de intención, en las que se encuentran muy nítidas todas las notas de un providencialismo histórico muy radical.

3. P. Nautin, “L’introduction d’Hydace á sa continuation de la Chronique d’Eusebe et Jérôme”, *Revue d’Histoire des Textes*, 14-15, 1984-1985, 143-153. El autor advierte que la historia de Hidacio “no es más que un apéndice añadido a la *Chronica* de S. Jerónimo”. Cfr. también: W. R. Burgess, *Studien in Eusebian and Pos-Eusebian Chronography*, Stuttgart, 1999.

cuarto de Valente Augusto. Admitamos que agregó quizá muchas noticias de las que ha escrito en los santos lugares de Jerusalén, desde el citado año de Valente hasta el fin de la presente vida, porque, mientras tuvo fuerzas, nunca dejó de escribir en sus variadas obras. Y estoy bien seguro de que le vi, siendo yo todavía muy niño (*adhuc infantulus*), en la mencionada región, durante cierto tiempo de mi propio viaje<sup>4</sup>.

Conoció también la obra histórica y hagiográfica de Sulpicio Severo. En otro contexto diferente del *Cronicon* mencionará expresamente a este autor aquitano, coetáneo suyo, y a su *Vita Sancti Martini* con la *Chronica*<sup>5</sup>.

Hidacio, nacido cerca del año 400, en *Lemica*, cerca de Xinzo de Limia, fue obispo de Chaves (*Aquae Flaviae*), una pequeña localidad de la *Gallaecia*, desde muy joven. Pertenecía a la aristocracia provincial de su época y estaba influído por los mismos presupuestos ideológicos de la mayoría de sus coetáneos, sobre todo si eran obispos o miembros destacados de la Iglesia. Para este sector social privilegiado el Imperio era el marco ideal, o si se quiere, el soporte institucional adecuado para que el Cristianismo constantiniano se consolidara social y políticamente de forma definitiva. Si las estructuras políticas del Imperio cristiano del siglo V entraban en crisis, influidas por episodios tan trascendentales como la crisis socio-económica y las invasiones de los siglos IV y V, las consecuencias para el futuro del Cristianismo romano podrían resultar también funestas. San Jerónimo termina su comentario al *Liber Eusebii* recogiendo el “lamentable” desastre de las legiones romanas en Tracia, luchando contra los godos, que acabaría con la muerte del emperador Valente en Adrianópolis (378), porque a partir de entonces todo le resultaba

4. Seguimos la edición de Julio Campos, aunque no sea propiamente crítica: *Cronicon de Idacio, obispo de Chaves (s.IV-V)*, Salamanca, 1984 (H). Y dependemos, en nuestras citas, de su traducción, aunque en ocasiones, introduzcamos alguna corrección para hacerla más correcta y comprensible. El párrafo citado, nn,1-3, p. 43. Otras edición crítica, más antiguas: Th. Mommsen MGH, *Chronica Minora II* (Auctores Antiquissimi, XI., Berolini, 1814, München, 1981), pp.13-36; A. Tranoy, *Hydace. Cnronique. Introductions, texte critique, traduction et commetaire*, 2 vols., Paris, 1974. Cfr. también: *Continuatio Chronicorum Hieronymianarum, The Chronicle of Hydatius and the Consularia Constantinopolitana. Two Contemporary Accounts of the final Years of the Roman Empire*, ed., R. W. Burgess, Oxford, 1993, pp. 70-123.

5. H, p.55. *Sulpici Severi Libri qui supersunt*, ed. C. Halm, C.S.E.L., I, Vindobonae, 1866: *Chronica*, pp. 1-105. La *Vita S. Martini*, pp. 107-256. y J. Fontaine (*Vita S. Martini*), ed. bilingüe, *Sources Chrétiennes.*, CXXXIII; los dos siguiente vols., estudio, Paris, 1967-1969.

confuso e incomprensible<sup>6</sup>. Y su contemporáneo, Ambrosio de Milán (c.340-397), se movía en las mismas coordenadas ideológicas, con muchas dificultades para entender un futuro diferente y en cierto modo novedoso, con la presencia de los pueblos bárbaros en el ámbito imperial, como lo harían un poco más tarde Orosio (*Historiae adversus paganos*), gallego como Hidacio<sup>7</sup>, Salviano de Marsella (*De gubernatione Dei*)<sup>8</sup>, San Agustín en el diseño utópico y grandioso de la *Civitas Dei*, que empieza a escribir el 413 para tratar de responder a los interrogantes que se planteaban muchos paganos contra los cristianos por el saco de Roma de Alarico<sup>9</sup>, Juan de Biclara, un poco posterior, cuya *Cronica* se convierte en una verdadera apología de las grandezas de Leovigildo, a pesar de su arrianismo militante o el propio Isidoro de Sevilla (c.560.636), partidario decidido de los reyes cristianos visigodos. Nada tiene de extraño que el *Cronicon* de Hidacio esté cargado de fuertes sentimientos apocalípticos, o mejor, escatológicos, como tendremos ocasión de comprobar en una lectura atenta de su obra<sup>10</sup>.

---

6. “Lacrymabilem bellum in Thracia: in quo, deserente equitum praesidio, Romanae legiones a Gothis cinctae usque interneccionem caesae sunt. Ipse imperator Valens, cum sagitta sancius fugeret, et ob dolorem nimium saepe equo laberetur, ad cujusdam villae casam deportatus est. Quo persecuentibus barbaris et incensa domo, sepultura quoque caruit”: *Eusii Chronicorum*, PG, 27, cc. 505-508.

El propio Hidacio hace referencia a esa desorientación de Jerónimo, producida con la presencia de los godos que traspasan el *Limes* del Imperio: “Sed quoniam in cuiusdam studii sui scriptura dixisse eum constat debacchantibus iam in Romano solo barbaris omnia haberi permixta atque confusa”, H.4, p. 42. Una expresión semejante se puede encontrar también en el *Chronicon* de San Jerónimo: J. Campos, O.c., p. 138.

7. J. Alonso Núñez, “Die Auslegung des Geschichte bei Orosius: die Abfalge der Weltreiche, de Idee der Roma Aeterna und die Goten”, *Wiener Studien*, 106, 1993, 197-213. El autor pone de manifiesto que el providencialismo de Orosio no apunta hacia la restauración del Imperio Romano, sino a una renovación que se resolverá en un nuevo imperio cristiano.

8. G. Lagarrigue, “L’opinion de Salvien sur les Barbares (*De Gubernatione Dei*). Interpretations actuelles”, *Revue d’Études Latines*, 42, 1964, 70-72 (Compte-rendu des Séances du Groupe Starbourgeois de la Société des Études latines).

9. P. Brezzi, “Romani e Barbari nel giudizio degli scrittori cristiani dei secoli IV-VI”, *Il passaggio dall’Antichità al Medioevo in Occidente* (Settimane di Studio del Centro italiano di Studi sull’alto Medioevo, IX, 1961), Spoleto, 1962, pp. 565-594.

10. Sobre este universo ideológico hidaciano, cfr.: A. Momigliano, “Dalla storiografia antica alla storiografia medievale”, *L’età del trapaso fra storiografia antica e estoriografia medievale (320-550 D.C.)*; *La storiografia altomedievale* (Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull’alto Medioevo, Spoleto, XVII, 1969), Spoleto, 1970, II, pp.89-118. E. Mühlberg, *The Fifth-Century*

Para él los suevos –después los visigodos, aunque en menor medida– no traen más que desorden y destrucción a la lejana provincia de *Gallaecia*, perdida quizás en los límites extremos del Imperio, pero comprendida y sentida por él como una pieza más de todo el entramado imperial del siglo V<sup>11</sup>. Bien es verdad que con el paso de los años el desastre irremediable de su presencia se convierte en un mal necesario, con el que se debe convivir de la mejor manera posible, y por eso no tiene inconveniente en cumplir funciones de embajador por la paz de su pueblo y admitir el reino de los suevos como el verdadero reino de la *Gallecia* en la segunda etapa de su trayectoria política, por más que nunca haya podido verles pactando como Roma o con los godos de Tolosa en calidad de *foederati*<sup>12</sup>.

La inminencia de la Parusia o del final de los tiempos, acontecimientos decisivos presentidos como consecuencias de los graves problemas que afectaron la vida de la Iglesia de su época, sobre todo la de *Gallaecia*, es otro referente providencialista o sagrado del texto cronístico. Por eso, Hidacio dedica una atención especial a las herejías y a los desórdenes morales de los eclesiásticos de su tiempo, de manera especial a los que llevaba aparejados el movimiento prisilianista, sin duda alguna el conflicto religioso más importante de los siglos IV y V en toda *Hispania* y sobre manera en la mentalidad hidaciana.

También trata de interpretar desde la misma óptica teológica o providencial los desastres naturales ocurridos durante su vida y registrados con cierto detenimiento a lo largo de muchos capítulos del *Cronicon*: un tipo de referencias que resultan verdaderamente chocantes en un texto tan corto y que le confieren una importancia

---

*Chroniclers: Prosper, Hydatius and the Gallic Chronicler of 452*, Leeds, 1990. C. Cardelle de Hartmann, “Las lecturas de Hidacio de Chaves. Notas sobre la recepción literaria en la Gallecia del siglo V”, *Minerva*, 6, 1992, 241-256; de la misma autora, *Philologische Studien zur Chronik des Hydatius von Chaves*, Stuttgart, 1994. También J. A. López Silva, *A Crónica de Idacio de Limia. Bispo de Chaves*, Diputación provincial de Ourense, 2004, con una buena introducción al texto, traducido en gallego y la ed. facsimilar de M. Macías. Algunas referencias de mucho interés en P. de la C. Díaz, *El reino suevo* (411-585), Madrid, 2011, pp. 35 y ss. Y una monografía reciente en gallego, breve y muy sencilla, en la que se analizan muchos aspectos de la vida y la obra del obispo historiador: C. Candelas Colondrón, *O mundo de Hidacio de Chaves* (Biblioteca de divulgación: Serie Galicia, n. 29), Universidad de Santiago de Compostela, 2006.

11. “...conclusi in angustias imperii Romani...et quod est luctuosius, intra extremam uniuersi orbis Gallaeciam...”: H, n7, p. 44.

12. F. Giunta, “Idazio ed i barbari”, *Anuario de Estudios Medievales*, 1, 1964, 491-494,

singular por este tipo de informaciones. Los terremotos, los eclipses, los fenómenos atmosféricos extraños, que para él no tenían explicación normal, son registrados con una reiteración admirable, porque estaba convencido que no eran más que signos premonitorios de los tiempos finales, tal como aparecen descritos de forma terrífica en los capítulos finales de los Evangelios sinópticos.

## 2. HISTORIA SOCIO-POLÍTICA Y PROVIDENCIALISMO

El *Cronicon* comienza con la figura de Teodosio, hispano de nación, de la provincia de Galicia, de la ciudad de Cauca<sup>13</sup>. E Hidacio tendrá buen cuidado de ir introduciendo la cronología del acceso al trono de los diferentes emperadores de cada período, juntamente con la de los obispos de Roma, aunque, a decir verdad, incurra en bastantes imprecisiones<sup>14</sup>. En una concepción providencialista de la historia general, la evolución de la misma descansa sobre dos principios basilares: el Emperador y el Papa, preanunciando así la formulación de la bicefalia de los poderes universales, tan característica de la época y definida claramente por Gelasio I a mediados del siglo V: “Así pues, dos son, emperador augusto, los principios sobre los cuales se rige este mundo: la autoridad sagrada de los pontífices y la potestad regia”<sup>15</sup>. Con las referencias a los años de Abraham, como Eusebio y Jerónimo, trata de potenciar claramente el carácter sagrado de la historia universal<sup>16</sup>. De acuerdo con esa concepción del universo cristiano se registran sistemáticamente los diferentes obispos de la sede romana, y no faltan tampoco referencias a los titulares de las sedes episcopales más importantes de la Cristiandad, consideradas como patriarcados en la Iglesia antigua, en especial las de Alejandría y

13. H, 45. L. A. García Moreno, “Teodosio y la Gallaecia. Historia de una aristocracia tardorromana”, *Congreso Internacional, La Hispania de Teodosio. Actes*, R. Teja-C. Pérez, eds., Junta de Castilla y León, 1997, I, pp. 81-90.

14. Ch. Courtois, “Auters et écrits. Remarques sur la Chronique d’Hydace”, *Byzantion*, 21, 1951, 23-54.

15. Gelasius I, *Epistolae et decreta*, Epist. VIII, PL, 59, 41-47. En lo referente a las imprecisiones, que mencionábamos más arriba, conviene advertir que Hidacio no acierta nunca con el año exacto del comienzo de los pontificados; omite a Zósimo (417-418) y a Celestino I (422-432), e incluye a dos, Teófilo y Eulalio, que no están en el listado pontificio: “Romana ecclesiae post Theofilum XL praesidet episcopus Eulalius (418)”, H, 64.

16. Al parecer, los años de Abraham figura en el manuscrito más antiguo del texto, y lo mismo, los de las olimpiadas: J. Campos, O.c., pp. 21-23.

Constantinopla, y Jerusalén, tratando de ser muy riguroso en la confección de los correspondientes episcopologios aunque a partir de la mitad del texto parece interesarle menos este extremo<sup>17</sup>.

Además, introduce nombres de santos destacados de la época historiada. Al fin y al cabo, en una historia que en última instancia es sagrada, los santos eran concebidos como elementos esenciales de la misma. Así, además de Eusebio y Jerónimo, a quines menciona en la introducción, ensalza a Ambrosio de Milán y Martín de Tours “las virtudes de su vida y las maravillas” por ellos realizadas, justamente antes de aludir por primera vez a la herejía de Prisciliano y los priscilianistas<sup>18</sup>. Al referirse al “insigne obispo” de Constantinopla, Juan, no se olvida de su sobrenombre “boca de oro” (Crisóstomo) ni de los sufrimientos que había tenido que soportar de parte de Eudoxia, la mujer del emperador Arcadio, por causa de la ortodoxia<sup>19</sup>. Saluda a Agustín de Hipona como “eminente”, por haber vencido a los donatistas con sus escritos, y destaca la muerte del insigne personaje, que sitúa erróneamente en el año 436<sup>20</sup>. También destaca como un acontecimiento memorable el hallazgo del sepulcro del “primer mártir” San Esteban en Jerusalén en el 414<sup>21</sup>. Y rompiendo el proverbial laconismo estilístico y de contenidos de la narración, dedica un cálido elogio a Paulino de Nola y a su mujer Terasia:

Paulino, muy noble y con fama de muy elocuente de largo tiempo atrás, más noble aún por su conversión a Dios, varón apostólico, sobresale como insigne obispo de Nola de Campania; su mujer Tarasia, que se convierte de hermana en esposa, se le equipara en santidad de vida, y quedan como dignas de difundirse con razón las obras de este egregio varón<sup>22</sup>.

---

17. Al consignar los acontecimientos del año 416, advierte que no puede precisar quien estaba al frente de la iglesia de Alejandría después de Teófilo, porque no lo sabía: H, p.63. En cualquier caso, llama la atención el que omita sistemáticamente a los obispos antioquenos, ya que Antioquía fue una de las primeras sedes patriarcales. Solo se refiere una vez a Antioquía, en el contexto de un desastre cósmico, leído en clave de providencialismo moralizador: “Antiochia maioris Syriae inobaudiens monitis salutaribus terra dehiscente demergitur, tantum ipsius ciuitatis cum aliquantibus, qui eum obaudientes timore domini, sunt secuti, de interitu liberatis, turrium etiam solis cacuminibus extantibus super terram”: H, p. 120. Sobre la institución patriarcal: W. De Vries, *Ortodoxia y Catolicismo*, Barcelona, 1967.

18. H, 47, 49.

19. H, 53.

20. H, 61, 79. Suele datarse en el 430.

21. H, 61.

22. H, 79 y 71.

Como es bien sabido Paulino de Nola (Mero Poncio Anicio), de origen galo (c.353-431), y Terasia, su mujer, relacionados con los principales acontecimientos de la Península en el tránsito del siglo IV al V, abandonaron su condición privilegiada fundamentada en un importante patrimonio fundiario, para dedicarse a la vida ascética, siguiendo el ejemplo de otros miembros de la aristocracia que participaban de las mismas inquietudes religiosas del tardo imperio, como lo había hecho también el propio Prisciliano ante de su muerte. A Hidacio le llamaba profundamente la atención el hecho de que la mujer de Paulino se convirtiera en asceta y en hermana del noble Paulino, sobre todo, cuando éste fue ordenado sacerdote en Barcelona el año 394, y más tarde elegido obispo de Nola<sup>23</sup>.

Para Hidacio, completamente influido por las corrientes historiográficas de su tiempo, los acontecimientos positivos que ocurrieron en su propia vida personal o en la vida de la iglesia tenían que ver con la acción benevolente de la divinidad. Los negativos, con la maldad de los humanos; y eran interpretados, por lo general, como verdaderos juicios sancionadores de la misma. Y en el “prefacio”, por ejemplo, al aludir a su condición de obispo (*summus praesul*), dice que fue nombrado, “más por la benevolencia (*munere*) divina que por mérito propio”<sup>24</sup>. Igualmente, el año 460 será liberado de un cautiverio injusto de tres meses “por el favor y la misericordia de Dios”, y recupera su sede episcopal de *Flavias*<sup>25</sup>. Llama a los pueblos germánicos enemigos y bárbaros, y se complace en describir los desastres de la invasión con imágenes durísimas e impactantes, en las que no falta la peste, como uno más de los cuatro jinetes de la Apocalipsis, que acompaña aquellos terribles sucesos, considerada como un mal querido por Dios:

“Los Bárbaros que habían entrado en las Españas, devastan y asesinan en calidad de enemigos. La peste por su parte cumple no menos activamente su papel devastador.

23. Cfr. *Sancti Pontii Maropii Pavlini Nolani Carmina* C.S.E.L, XXX, ed. G. Hartel, Pragae, Vindobonae, Lipsiae, 1894; el poema VII es una bella justificación poética de las inquietudes ascéticas de aquel matrimonio noble: “Beatus ille qui procul uitam suam// ab inpiorum segregavit coetibus// et in uia peccantium non manserit//, sed corde toto fixum in legem dei// mentem que castis institutis excolit...”, pp. 18-20. Para las relaciones con el Priscilianismo: F. J. Fernández Conde, *Prisciliano y el Priscilianismo. Historiografía y realidad*, Oviedo, 2007, p.91. Una amplia panorámica de este tipo de ascetismo peninsular: M. Sotomayor, “Algunos aspectos de la vida interna de la iglesia hispana en el siglo IV”, *Historia de la Iglesia en España*, I, Madrid, 1979, pp. 273 y ss. En concreto, sobre esta pareja aristocrática de famosos ascetas cristianos pp. 287-290.

24. H, 41, 43.

25. H, 119.



Con el desenfreno devastador de los Bárbaros por las Españas y mientras se ensañan, a la vez el mal de la peste, el tiránico recaudador va arrebatando las riquezas y bienes guardados en las ciudades, y los soldados las agotan; se extiende el hambre cruel, hasta el extremo de que los hombres comen carne humana obligados por el hambre, incluso madres comen los cuerpos de sus hijos muertos o cocidos por ellas. Las bestias acostumbradas a los cadáveres de los muertos por la espada, el hambre o la peste, acaban con los hombres más fuertes, y cebadas con sus carnes, se lanzan a la destrucción de la raza humana. Y así de las cuatro plagas, de la espada del hambre, de la peste, de las fieras, que se ensañan por todo el orbe, *se cumplen las predicciones anunciadas por el Señor, por medio de los profetas*<sup>26</sup>.

Es de sobra conocido como después de la entrada violenta en *Hispania* (409), lo pueblos invasores se distribuyen las respectivas áreas de dominio, que Hydacio no tiene inconveniente en considerar como un verdadero acuerdo de paz, logrado por sorteo (411) y querido “por la misericordia de Dios”<sup>27</sup>. En la actualidad, suele relacionarse esta operación con la autoridad de Geroncio o de algún cliente suyo en Hispania<sup>28</sup>

Pero los suevos, al menos durante la primera etapa de su historia, aparecen habitualmente en la narración hidaciana como enemigos del orden establecido: el romano, querido por la Providencia como substancia de la Iglesia católica; y el prelado historiador describe las diferentes correrías y expediciones de los mismos, destacando como objetivos fundamentales de casi todas ellas el pillaje, el bandolerismo, el botín y, en última instancia, la búsqueda de mayor capacidad económica, por lo menos durante al primera etapa de su dominio. De hecho, expresiones como *depredantes (in praedam)*, *spoliant*, *occiduntur*, *diripitur*, *saeviunt*, *caedi*, *interfecti*, *captivi*, se encuentran habitualmente relacionadas con ellos, siendo casi siempre los provinciales y los cristianos los sujetos pasivos de las mismas<sup>29</sup>; cuando

26. H, 57-59.

27. H, 59.

28. P. de la C. Díaz, O.c., p. 53. R., Collins, *Early Medieval Spain: Unity in Diversity, 400-1000*, Londres, 1983, pp. 33-34 ( ed. castellana, *España en la alta Edad Media*, Barcelona, 1986); y también: J. Arce, *El último siglo de la España romana: 284-409*, Madrid, 1982 (3ª reimpr., Madrid, 1997), pp. 155-162; del mismo autor: “Gerontius, el usurpador”, *España, entre el mundo antiguo y el mundo medieval*, Madrid, 1988, pp. 68-121.

29. H. Elton, *Warfare in Roman Europe AD 350-425*, Oxford, 1996, pp. 44 y ss. (“Barbarian Military Practiques”).

entran en escena los godos, aunque actúen en calidad de federados, también serán objeto de valoraciones semejantes.

El juicio de Dios se manifiesta con claridad a finales del reinado del vándalo Gunderico (428), porque se había atrevido a atentar contra las cosas de la iglesia hispalense:

“Gunderico, rey de los vándalos, una vez tomada Sevilla, habiendo puesto sus impías manos engreído sobre la iglesia de la ciudad, enseguida poseído del demonio, por juicio de Dios murió; le sucede en el reino Gaiserico su hermano. Éste, como corrió la información de algunos, se dice que apostatando de la fe católica, se pasó a la herejía arriana”<sup>30</sup>.

Pero la providencia divina podía utilizar incluso a un rey arriano como el propio Geiserico, para castigar las injurias causadas por los cuadillos suevos a santuarios de mártires venerados. Así, el año 429, cuando dicho soberano se preparaba para pasar a Mauritania con los suyos, enterándose de que le seguía el caudillo suevo Herimegario, vuelve sobre sus pasos y le vence en la Lusitania, no lejos de Mérida, donde éste “había despreciado injuriando a la santa mártir Eulalia, muertos los malditos de que llevaba consigo (el caudillo suevo, por Gaiserico), amparándose, como creyó, en el recurso de una huída más veloz que el “euro”, precipitado por el poder de Dios en el río Anas (Guadiana), pereció. Eliminado de ese modo éste, luego se dio al mar Gaiserico”<sup>31</sup>.

Con todo, Hidacio conoce bien la política religiosa de Gaiserico en el norte de África y no quiere dejar fuera de su narración alguna de las agresiones del soberano vándalo, que califica de soberbio o engreído (*elatus*), contra la floreciente iglesia de aquella parte de la Cristiandad, tan bien historiada por Victor de Vite. El 439, entregaba la sede episcopal de Cartago y las iglesias católicas a los arrianos, después de echar al obispo y al clero de la ciudad, y al año siguiente tratará de obligar a los obispos católicos de Sicilia a que cambiaran su profesión católica por la arriana, instigado, esta vez, por un tal Máximo, al parecer, jefe de los arrianos de aquella isla. Parece que no tuvo demasiado éxito<sup>32</sup>.

---

30. H, 73.

31. H, 73-75. Ch. Courtois, *Les Vandales et l'Afrique*, Paris, 1955, pp. 51-56 (“L'heure espagnole”). El autor analiza con detención los objetivos del paso de los vándalos a África, para concluir que “le abandon de l'Andaloucie ne se comprend que s'il comporte l'espérance d'un plus précieux terroir” (p. 157).

32. H, 83. Sobre la historia de la iglesia africana en la época de Gaiserico: Victor Vitensis, *Historia persecutionis Africanae provinciae*, ed., C. Halm, MHG,

Los caudillos romanos que no cumplen adecuadamente con su misión de defender al Imperio también son motejados por el obispo historiador. Así ocurre con Vito, un *magister utriusque militiae* nombrado por Aecio (446) para recuperar el predominio de Valentiniano III en las provincias Bética y Cartaginense, que estaban siendo devastadas por los suevos. Por diversas razones, la empresa militar prorromana fue un fracaso y su responsable, Vito, huyó “lleno de terror y miserable temor”<sup>33</sup>. En este contexto, el *Cronicon* concede mucha importancia a la derrota de los Hunos cerca de Metz (Campos Catalaúnicos: Châlons-sur-Marne), el año 451, por las tropas imperiales y los *foerati*, entre los que destacaban los godos arrianos de Tolosa y su rey Teodorico, que muere en la batalla. En aquella gesta importante para la suerte del Imperio occidental, el favor de Dios, según Hidacio, cumplió también una importancia y decisiva función:

“En las llanuras Catalaúnicas, no lejos de la ciudad de Metz, que habían arruinado (los Hunos) luchando en batalla campal contra Aecio y el rey (godo) Teodoro (Teoderico), que estaban asociados por pacto de paz, son vencidos con la ayuda de Dios. Una noche profunda dirimió la batalla. Allí cayó y murió el rey Teodoro. Se menciona que cayeron en esa batalla unos CCC mil hombres”<sup>34</sup>.

El éxito del Imperio y de sus *foederati* fue refrendado con prodigios celestiales aquel año y el siguiente. Y en el 452, los Hunos y su jefe Atila, que devastaban Italia, “son castigados por disposición divina, en parte por el hambre, en parte por cierta enfermedad, como plagas del cielo y por las tropas de Marciano que operaban bajo la jefatura de Aecio”, acabando aquellos por retirarse a su patria, donde morirá el temido jefe (454)<sup>35</sup>.

Resulta en cierto modo llamativa la forma de describir el historiador gallego el ataque de los godos de Tolosa a los suevos y a su rey Rechiario que era católico, el año 456, que terminaría con la muerte del mismo, refrendada por la tajante y conocida sentencia

---

*Auctores Antiquissimi*, III, 1, Beroloni, 1879 (München, 1993), pp. 1-58. También: M. Petschenig, C.S.E.L, VII, Vindobonae, 1881.

33. H, 87. Acciones más o menos exitosas y relevantes de las autoridades imperiales son presentadas, a veces, como providenciales. Así, el 466: “enviado de Constantinopla por el emperador León Antemio, hermano de Procopio, con Marcelino y con otros condes, varones selectos y con ingente y numeroso ejército, sube por disposición de Dios a Italia”: H, 127.

34. H, 95. Para un análisis minucioso de esta batalla y de todo su contexto: A<sup>a</sup>. M<sup>a</sup>. Jiménez Garnica, *Nuevas gentes...*, pp. 140 y ss. En especial, 145-148.

35. H, 97.

de Hidacio: *regnum (sueuorum) destructum et finitum est*<sup>36</sup>. Aquella campaña de las tropas de Teodorico II en *Gallaecia* fue desastrosa para los suevos y la derrota de su soberano en las riberas del Órbigo, cerca de Astorga, muy severa. Además, el saqueo posterior ordenado o permitido por el *reiks* godo en Braga, la verdadera capital del reino suevo, en el mes de noviembre del mismo año, deja malparadas las cosas y las personas de la iglesia:

“Dirigiéndose el rey Teodorico con su ejército a Braga, última ciudad de la Gallaecia, el 28 de noviembre, domingo, se produce un saqueo, aunque sin sangre, sin embargo muy desgraciado y lamentable, de dicha ciudad. Se lleva gran cantidad de cautivos, se derriban las basílicas de los santos, los altares son levantados y destruidos, después raptadas las vírgenes de Dios, aunque conservando su integridad, el clero despojado hasta de los vestidos que defienden el pudor, toda la gente de ambos sexos con los niños, sacada de los lugares santos de refugio, llenando el lugar sagrado de las inmundicia de los jumentos ganados y camellos, todo esto renovó de parte de la ira del cielo los ejemplos escritos sobre Jerusalén”<sup>37</sup>.

Pero, a pesar de todo, el prelado gallego no tiene el más mínimo reproche para los responsable del desastre, los godos arrianos del Teodorico. Quizás la única justificación de este silencio de Hidacio habría que encontrarla precisamente en su fuerte mentalidad providencialista. Teodorico, dejando herido de muerte al reino suevo, se convierte en el ejecutor de los designios escatológicos del Señor, que los Evangelios predicaban de Jerusalén. Pero, además, Hidacio tiene muy en cuenta que el rey de Tolosa había entrado en *Hispania*, “por designio y orden del emperador Avito”, para tratar de recuperar la autoridad imperial en la Península<sup>38</sup>. Cualquier empresa encaminada a fortalecer de algún modo las estructuras del Imperio, a Hidacio le parece providencial y consiguientemente positiva.

Y damos por supuesto, como es lógico, que la verdadera motivación de esta importante campaña del rey visigodo de Tolosa, como federado del Imperio, contra los suevos de *Hispania*, era de naturaleza geopolítico, porque, en realidad Teodorico no hacía más

---

36. H, 106.

37. H, 105-107. Jiménez Garnica enfatiza sobre el estilo catastrofista del cronista gallego al describir los desastres de Braga y sugiere que podrían interpretarse también en clave económica: como las consecuencias negativas de una recaudación extraordinaria, con todo lo que ello tenía de extorsión (A<sup>a</sup>. M<sup>a</sup>. Jiménez Garnica, *O.c.*, p. 172).

38. H, 103-105.

que tratar de frenar el expansionismo de Rechiario en Hispania que había extendido el ámbito de sus razzias hasta la Cartaginense y, sobre todo, a la Bética, llegando a sentar sus reales en la capital Hispalense<sup>39</sup>.

El obispo de Chaves sigue complaciéndose en la narración de los últimos desastres de la campaña de los godos en el Noroeste peninsular, después de la muerte del soberano suevo, y vuelve a recuperar el tono providencialista, al que nos tiene acostumbrados. Así, Teodorico, “que pensaba saquear Mérida, se aterroriza con los prodigios de la santa mártir Eulalia”<sup>40</sup>. A principios del 457 tiene que marchar precipitadamente a la Galia, al enterarse de los graves problemas que estaban ocurriendo en el Imperio: la muerte de Avitus y la proclamación de Mayoriano (457-461). Liberado del pacto con el nuevo emperador, se siente ya libre para mandar a los jefes *diuersae nationis* a *Gallaecia*, a fin de que consumen la represión sistemática, y en último término, la sumisión del reino suevo. Éstos entran en Astorga utilizando “la perfidia y el engaño” y destruyen las iglesias de esta ciudad y todo lo que tuviera apariencia de sagrado. Hacen lo mismo con Palencia y sólo “resiste con la ayuda de Dios el castro Coviacense” (Valencia de don Juan). Incluso se atreven a llevar cautivos a dos obispos que encontraron con su clero<sup>41</sup>.

### 3. LOS “MALA TEMPORA” Y LAS HEJERÍAS

Hidacio que incorpora a su obra el *Praefatio*, no sabemos si porque ya la tenía escrita desde el principio o la componía al final ya de su vida, una vez acabada la obra, parece estar convencido de haberle tocado en suerte un tiempo lleno de desgracias, angustiado ante unas fronteras del Imperio a punto de desplomarse y en una región como

39. P. de la C. Díaz, *El reino suevo...*, pp. 119 y ss.

40. H, 109.

41. H, 44. Todo hace pensar que, aunque la venida de Teodorico a España, el año 457 se hiciera en nombre de Avito y de Roma, esta expedición era concebida por el soberano de Tolosa como el comienzo de una conquista de *Hispania* para el pueblo godo. El regreso de sus jefes, que le habían acompañado a la Galia, tendría seguramente la misma finalidad, o más clara, si cabe, al no actuar ya el soberano germano como federado. Algunos autores creen que se trata sencillamente de una campaña destinada a engrosar el botín, tal vez escaso, de la primera expedición: J, Arce, *Bárbaros y romanos...*, pp. 354 y ss., y cita a J. B. Bury, *History of the Later Roman Empires*, Londres, 1923, 2 vols., II, p. 327.

Galicia, situada en los confines del orbe. El texto latino es sumamente expresivo:

Después, elevado sin motivo al cargo del episcopado, conociendo todas las miserias de este desgraciado tiempo, y encerrado dentro de las fronteras del Imperio Romano que amenazaban ruina (*conclusi in angustias imperii romani, metas subdidimus ruituras*)... en Galicia, situada en el fin del mundo (*intra extremam uniuersi orbis Gallaeciam*)<sup>42</sup>.

Y perplejidad angustiada del prelado gallego, real o literaria solamente, se incrementaba por motivos no políticos, como la decadencia del estado eclesiástico y de la disciplina, la pérdida de las libertades y el menoscabo de los bienes eclesiásticos, objeto de la avidez de quienes ostentaban el poder:

“...y lo que es más lamentable (*luctuosius*)... el estado deplorable del orden eclesiástico debido a las novedades indiscriminadas, la muerte de una honesta libertad y el ocaso de casi toda religión en la sagrada disciplina, que se ha impuesto por la confusión y desorden de las naciones inicuas enloquecidas (*ex furentium dominantem permixta iniquarum perturbatione nationum*)”<sup>43</sup>.

Nada tiene de extraño, según estos planteamientos de índole eclesiástica, que el obispo historiador dedique varios párrafos a las herejías, aludiendo a la importancia de cada una de ellas, a la de Prisciliano con cierto detenimiento. Al fin y al cabo, pudo conocer personalmente la evolución de priscilianismo y el auge de este movimiento religioso en la *Gallaecia* del siglo V. Y no conviene olvidar que la corrupción de la fe y de las costumbres cristianas figuran en los Evangelios como señales premonitorias de los tiempos finales.

Se lamenta porque un su tiempo existe todavía el error del pelagianismo, promovido por el asceta Pelagio, cuya secta fue aplastada (*contriuit*) por el “escritor de acero (*adamantinus*)”, Jerónimo, “con el martillo de la verdad”<sup>44</sup>. San Agustín, tiene que ver también con la misma problemática religiosa, pero Hidacio lo presenta sólo como campeón de la lucha contra el donatismo<sup>45</sup>.

Hidacio, preocupado siempre por la recta doctrina, tiene presente de manera habitual el peligro del arrianismo, por la vecindad y posi-

42. H, 44-45 (hemos modificado ligeramente la traducción de J. Campos).

43. H, 43-45.

44. H, 62-63.

45. H, 61.

ble influencia de los vándalos y godos en la Península. Los principales promotores habrían sido los dos soberanos vándalos, los hermanos Gunderico y Gaiserico. El primero, que murió “poseído del demonio por juicio de Dios”, y su sucesor como jefe vándalo, habría apostatado del catolicismo, pero el cronista no está seguro de su pasado ortodoxo y dice que sólo se limita a transmitir la información de algunos sobre dicha apostasía<sup>46</sup>. Sea como fuere, en las páginas siguientes recoge puntualmente algunos hitos importantes de su política religiosa indefectiblemente arriana, como ya se indicó más arriba<sup>47</sup>.

Sobre el paganismo o el arrianismo de alguno de los soberanos suevos es menos expresivo y no tan claro. Sólo se limita a decir que el gálata Ajax, propicia la conversión de los suevos al arrianismo –“con la ayuda de su rey”–, “resultando enemigo de la fe católica y de la divina trinidad”. No sabemos nada prácticamente de este personaje, ni de su naturaleza. Podría ser de origen galo u oriental. El rey suevo mencionado es Remismundo (457/59-469), pero este pueblo, que había entrado en la península como pagano, seguía con las mismas convicciones<sup>48</sup>. Con todo, la última responsabilidad de “este veneno pestífero del enemigo del hombre”, la habrían tenido los godos de la Galia<sup>49</sup>.

---

46. H, 73.

47. H, 83.

48. Al parecer, Richiario (448-456) había sido católico, pero su antecesor Rechila se había mantenido pagano hasta su muerte (448). Sobre la confesión de los suevos y de sus soberanos, así como la relación de su política religiosa con la general: P. C. Díaz, *El reino suevo..*, pp. 215 y ss. Para esta misma temática: E. A. Thompson, “The conversión of the Spanish Suevi to Catholicism”, *Visigothic Spain: New Approches*, E. James, ed., Oxford, 1980, pp.77-92. K. Schäferdiek, *Die Kirche in den Reichen der Westgoten und Suewen*, Berlín, 1967, pp. 108-110. L. García Moreno, “La conversión des Suèves au catholicisme et à l’arianisme”, *Clovis. Histoire et Mémoire*, (Actes du Colloque international d’histoire de Réims), dr. M. Rouche, 2 vols., I: *Clovis et son temps, l’ événement*, Paris, 1997, 199-216.

Suponemos que para comprender adecuadamente estos cambios de confesión habrá que tener en cuenta siempre dos puntos de referencia que debieron de ser esenciales: las relaciones puntuales de cada soberano con la aristocracia y los obispos gallegos, católicos, de una parte, y por otra el peso político de los visigodos de Tolosa, tradicionalmente arrianos. Creemos que Paulo C. de la Cruz está en lo cierto cuando concluye afirmando que “la intolerancia no presidió la actitud de los suevos hacia los católicos, ni provocó una violencia por motivos religiosos.” (p. 218). Los tiempos de San Martín de Dumio-Braga y la conversión al cristianismo ortodoxo vendrán más tarde, fuera ya de los tiempos vividos e historiados por Hidacio. Este autor cita un trabajo reciente (P. Ubric Rabaneda, “Convivencia e intransigencia religiosa de la Hispania del siglo V”, *Iberia*, 6, 2003, 71-77), donde tampoco se demuestra la militancia misionera de los obispos católicos con relación a sus jefes políticos suevos de otra confesión.

49. H, 127.

Llama la atención el espacio que ocupa la problemática de Nestorio y Eutiques, relacionados con las disputas cristológicas que culminan con los concilios ecuménicos de Efeso (431) y Calcedonia (451). En realidad, el prelado gallego conoce las posiciones de ambos teólogos, por una serie de cartas que se cruzaron entonces entre las iglesias de oriente y el obispo de Roma, León I (440-461). Pero no parece que esté muy informado de los matices sutiles y las precisiones teológicas de aquella importante controversia. Identifica los planteamientos de ambos, aunque no coincidieran, con la vieja secta de los ebionitas: una corriente del judeocristianismo de la primitiva iglesia, compleja y variopinta, con un tipo de cristología de fuerte impronta adopcionista que negaba la divinidad de Cristo y con notable implantación en las iglesias orientales<sup>50</sup>. La mencionada corriente religiosa podría ser considerada como muy cercana a los planteamientos de Nestorio, pero nunca a los de Eutiques:

“Averiguamos por el relato del presbítero Germán de la región de Arabia, llegado de allá a Galecia y por el de otros griegos...que el ha sido convocado a Constantinopla con otros obispos de la provincia de Palestina y de Oriente y a intervenido en un concilio reunido a presencia del emperador Teodosio, para destruir la herejía de los ebionitas, a los que resucitaba con la maldad de tan necia secta Nestorio, obispo de la misma ciudad”<sup>51</sup>.

“Son trasmitidas desde las Galias cartas del obispo Flaviano al obispo León, junto con los escritos de Cirilo, obispo de Alejandría, a Nestorio de Constantinopla, sobre el hereje ebionita Eutiques, y las respuestas del obispo León. Y éstas, con las actas y escritos de otros obispos, son enviadas a las iglesias”<sup>52</sup>.

50. G. F. Brandon, *The Fall of Jerusalem and the Christian Church*, Londres, 1957 (2ª. ed.). E. Peterson, *Frühkirche, Judentum und Gnosis*, Friburgo, 1959. Dos obras fundamentales para conocer esta amplia y variada corriente: *Kerygmata Petrou* y las *Pseudoclementinas*.

51. H, 79. Según J. Campos (O.c., p. 165)) en el propio concilio ecuménico de Efeso se llamó ebionita a la herejía de Nestorio y cita a Juan Casiano sobre el particular. La referencia de dicho asceta es la siguiente: “...quia cum recenti capite ex antiqua Ebionitarum stirpe surrexerit, dubium admodum est antiqua magis dici, an recens debeat...quia germana ac consanguinea, quaeque tam Ebionitis quam his recentibus consentanea...”: Joannis Cassiani, *De incarnatione Christi contra Nestorium haereticum*: PG, 50, cc. 19-20. Sin embargo, no hemos podido encontrar esa referencia en la documentación del C. de Efeso.

52. H, 91-93. Sobre Eutiques, el segundo concilio de Éfeso y Calcedonia: W. H. C., Frend, *The Rise of the Monophysite Movement*, Cambridge, 1972. A. Schönmetzer-K. Sarkissian, *The Council of Calcedon and the Armenian Church*, Londres, 1965 (bibliografía).



En efecto, la secta de los ebionitas o fotinianos, había sido condenada por en el concilio de Constantinopla (381), convocado por el emperador Teodosio para tratar de cerrar la larga y difícil controversia arriana. Y su condena figura también entre los *Anathematismata* del “Tomus Damasi” del 382 (D., 157, p.68), pero cuesta trabajo pensar que el tal Germán, a la altura del a. 435, según la narración de Hidacio, hubiera estado presente en el concilio de Constantinopla celebrado casi cincuenta años antes. Por lo demás, tiene interés el comprobar cómo circulaban ya por la Galia y por *Gallecia*, escritos del obispo de Constantinopla, Flaviano, al papa León I, el tratado de este papa, el famoso *Tomum Leonis ad Flavianum*, del año 449 (D., 290-295, pp. 102-104), punto de partida esencial del concilio ecuménico de Constantinopla, así como los escritos de Cirilo, obispo de Alejandría, a Nestorio, titular efectivamente de Constantinopla (D., 250 y ss, pp. 92 y ss.)<sup>53</sup>.

Si las herejías constituían para nuestro autor un signo negativo de la evolución del reino de Dios y de la historia de la salvación, Prisciliano y el movimiento que suscitó y llevó adelante sus planteamientos, el Priscilianismo, también y en mayor medida, si cabe, que las anteriores mencionadas, ya que pudo comprobar su auge en la propia provincia galaica, mientras cumplía sus funciones pastorales y episcopales. Incluye en la crónica del año 385 una breve y bastante exacta reseña del fundador del movimiento que coincide básicamente con el esbozo biográfico trazado por su coetáneo Sulpicio Severo:

“Prisciliano, que viene a caer en la herejía de los gnósticos, es consagrado obispo de Ávila por los obispos que se le habían asociado en la misma herejía; el cual escuchado por los concilios de algunos obispos que se les habían asociado en la misma herejía, se dirige a Italia y a Roma, donde ni siquiera admitido a la presencia de los santos obispos Dámaso y Ambrosio, vuelve a la Galia con los mismos con los que había ido. Allí considerado igualmente como hereje por el santo obispo Martín y por otros obispos, apela al Cesar, porque por esos mismos días en la Galia obtenía el poder del imperio el tirano Máximo...Prisciliano depuesto del episcopado por la herejía dicha arriba y con él el lego Latroniano y algunos partidarios suyos son muertos en Tréveris bajo el tirano Máximo. Después se difundió por Galicia la herejía de los Priscilianistas<sup>54</sup>.

53. “D” es la abreviatura del *Enchiridion Symbolorum* de H. Denzinger-A. Schönmetzer (Herder), Barcinone et alibi, 1967, ed. 34, que utilizamos en este trabajo.

54. H, 47-49. La edición crítica de la *Chronica* de Sulpicio Severo, escrita a comienzos del siglo V (404): C. Halm, C.S.E.L, I, Vindobonae, 1866. La bi-

A los priscilianistas comienza llamandoles “secta perniciosísima”<sup>55</sup> y tiene una reseña muy completa del concilio de Toledo del año 400, haciendo referencia a obispos gallegos que tenían simpatía por Prisciliano, pero que allí mismo “condenan su herejía blasfematoria con su propia profesión”<sup>56</sup>. Y en este contexto de declarado antipriscilianismo, Hidacio hace referencia al maniqueísmo, una concepción filosófico-teológica muy importante en el siglo IV, en toda la Cristiandad y también en la Península, que estaba además en el trasfondo ideológico del Priscilianismo. Conoce muy bien las aportaciones del obispo Toribio de Astorga que había descubierto en su sede un núcleo de seguidores de esta compleja religiosidad, su denuncia al obispo de Roma, León I, y el tratado que este envía a los obispos de *Hispania* contra “las blasfemias y los herejes (maniqueo-priscilianistas)”<sup>57</sup>.

---

bliografía más básica sobre Prisciliano y el Priscilianismo: B. Vollmann, O.S.B., “Priscillianus”, *R. Encyclopedy de Pauly Wissowa. Supplementum* 14, Munich, 1974, 485-579. y *Studien zum Priscillanismus. Die Forschung die Quellen der fünfzente Brief Papst Leon des Grossen*, Erzabatei St. Otilien, 1985. J. Divjak, *Die Handschriftliche Überlieferung der Werke Augustinus, IV: Spanien und Portugal Werkverzeichnis nach Bibliotheken*, Viena, 1974. H. Chadwick, *Priscillien of Avila. The Occult and the Carismatic in the Early Church*, Oxford, 1976 (trad. castellana, Madrid, 1977). A. B. S. M. Groosen, *Acthergronden von Priscillianus Christelijke Ascese*, Nimega, 1976. M.<sup>a</sup> V. Escribano Paño, *Iglesia y Estado en el certamen priscilianista. Causa ecclesiae y iudicium publicum*, Universidad de Zaragoza, 1988. V. Burns, *The Making of a Heretic. Gender, Authority and the Priscillianist Controversy*, Berkeley, 1995. J. Vilella Masana, “Priscilianismo gallico y política antipriscilianista durante el siglo V”, *Antiquité Tardive*, 5, 1997, 177-185. donde se tiene en cuenta el texto de Hidacio. Una síntesis interpretativa desde perspectivas actuales: F. J. Fernández Conde, *Prisciliano y el Priscilianismo...*, Oviedo, 2007.

55. H, 55 (a.405).

56. H, 53. El texto del Concilio de Toledo: J. Vives, *Concilios visigodos e hispano-romanos*, Madrid, 1963, pp. 19 y ss. Un análisis del mismo: L. Chadwick, *O.c.*, pp. 227 y ss. F. J. Fernández Conde, *Prisciliano...*, pp. 48 y ss. Cfr. también: C. Cardelle de Hartmann, “Ortodoxos y priscilianistas en la época sueva”, *Suevos-Schwaben: das Königreich der Sueben auf der iberischen Halbinsel (411-455)*, (Interdisziplinärischen Kollokium, Braga, 1996), ed. E. Koller-H. Leitenberg, Tübinga, 1998, pp. 81-103. A. Isla Frez, “L’episcopato della Spagna nord-occidentale all’epoca delle invasioni”, *Le invasioni barbariche nel meridione dell’Imperio: Visigoti, Vandali, Ostrogoti*, ed. P. Delogu, Cosenza, 2001, pp. 79-97.

57. H, 87. El cronista dice que en Astorga había un grupo de maniqueos ocultos durante algún tiempo, y al ser descubiertos en las actas episcopales, son enviados al prelado emeritense Antonino, después de haberles escuchado (a 445). Y pp.87-89: la intervención del papa León I (a.447): F. J. Fernández Conde, *Prisciliano...*, pp. 58-61.

4. FENÓMENOS CÓSMICOS EXTRAORDINARIOS<sup>58</sup>

Resulta verdaderamente llamativa la preocupación de Hidacio por reseñar una serie muy amplia de acontecimientos que alteraron de forma extraordinaria y temible el orden natural. Sólo en los *Anales Toledanos* II muy tardíos ya (XIII) y escritos probablemente por un mudéjar, hemos encontrado algo parecido en la historiografía peninsular<sup>59</sup>.

## Terremotos

“Durante el episcopado que hemos citado antes (Juan de Jerusalén), son sacudidos por un fortísimo terremoto los lugares santos de Jerusalén, de los que hablan los escritos de dicho obispo” (c. 419)<sup>60</sup>.

“En Galecia (*Gallaecia*) se manifiestan muchas señales de continuos terremotos” (450)<sup>61</sup>.

Eso habría ocurrido el 4 abril, que era martes, preanunciado por admirables señales que habían aparecido al atardecer: “a la caída del sol se muestra el cielo por la parte del aquilón rojo como el fuego

---

58. J. Jiménez Delgado, “Importancia de los prodigios en Tito Livio”, *Helmántica*, 12, 1961, 27-46; del mismo: “Clasificación de los prodigios titoliviaños”, l.c., 441-461. R. Bloch, *Los prodigios en la antigüedad clásica*, Buenos Aires, 1968. B. Ward, *Signs and Wonders. Saints, Miracles and Prayers from the IVth Century to the XIVth*, Aldershot, 1993. En un trabajo más antiguo, planteaba ya la discusión sobre los milagros en un contexto “patriarcal” (padres de la Iglesia): *Miracles and the Medieval Mind. Theory, Record and Event (1000-1215)*, London, 1982; en concreto, pp. 20 y ss. J. Arce, “El catastrofismo de Hydacio y los camellos de la *Gallaecia*”, *Los últimos romanos en Lusitania*, eds., A. Velázquez et alii, Mérida, 1995, pp.219-228. El artículo comenta el pasaje de la *Crónica*, donde se habla de la destrucción de Braga y la presencia de animales, entre ellos camellos, en los templos. Opina que es una exageración o invención del cronista, aterrorizado por la creencia en el final inminente de los tiempos, al parecer, por haber leído una Apocalipsis anónima, que ponía dicho final el 482. J. Campos, en las notas a su edición ofrece varias referencias sobre autores antiguos que mencionan también muchos de los episodios registrados por Hidacio.

59. *Anales Toledanos* II, ed. H. Flórez, ES, XXIII, Madrid, 1767, pp. 401-409. El autor, por ejemplo, consigna un terremoto en el 1063, un eclipse de sol el 1079, otro terremoto más el 1113, y un nuevo eclipse el 1114 (p. 403). Sobre este texto cronístico: G. Martínez Díez, *El Condado de Castilla, 711-1038: la historia frente a la leyenda*, 2 vols., Junta de Castilla y León, 2005, II, p. 756; F. Maíllo Salgado, “El mudejarismo de los Anales Toledanos Segundos”, *Studia. Hª. Medieval*, 7, 1982, 209-213. Sobre los errores de cronológica de Hidacio, relacionados con esta problemática: Ch. Courtois, “Autors et écrits ...”, l.c., pp. 40-42.

60. H, 67 Sobre Juan, obispo de Jerusalén: H. 55, a 408; H, 61, a.415.

61. H, 93.

o la sangre, cruzando el espacio rojo líneas más brillantes a semejanza de lanzas rutilantes. Desde el anochecer hasta las doce de la noche dura la señal, que después se comprueba con un gran suceso". En efecto, a renglón seguido y correspondiéndose con el año 451, Hidacio da cuenta de la invasión de los Hunos y su derrota definitiva en los Campos Catalaúnicos<sup>62</sup>.

"En Galecia se producen terremotos y en el sol una señal en su nacimiento, como si un segundo sol concertara con él" (453)<sup>63</sup>.

### Eclipses de sol

"Se produce un eclipse de sol (*solis facta defectio*) el 11 de noviembre martes (402)"<sup>64</sup>.

"Se produce un eclipse de sol (*solis facta defectio*) el día 19 de julio, que es viernes (418)"<sup>65</sup>.

"Se produce un eclipse de sol (*solis facta defectio*) el 23 de diciembre, que fue martes (447)"<sup>66</sup>.

"El 28 de mayo, miércoles, desde las diez hasta las doce, tomando la apariencia de una luna del quinto o sexto día, apareció el sol disminuido en su disco luminoso (458)"<sup>67</sup>.

### Eclipses de luna y cometas

"Muchas señales se muestran durante el año (451): el 27 de setiembre se oscurece la luna por la parte de oriente. En los días de la pascua siguiente que aparecieron en el cielo en las regiones de las Galias ciertas señales, lo declara una carta sobre ellas del obispo de Autun, Eufrono, al conde Agripino.

Un astro como un cometa se vio aparecer desde el 18 de junio, que visto el 29 al amanecer en Oriente, se leve después a la caída del sol en Occidente. El 1 de agosto aparece por la parte de Occidente"<sup>68</sup>.

Aquel verano de la aparición del cometa fue el del enfrentamiento entre Atila y los romanos con sus federados y la victoria de éstos, descrita con detalle por el propio Hidacio inmediatamente antes.

---

62. H, 95.

63. H, 99. A renglón seguido, pero correspondiéndose con el año 454, el autor hace referencia la muerte del patricio Aecio a manos de Valentiniano III. No sabemos si existe en la mentalidad del autor una relación de causalidad profética entre el extraño signo solar y dicho asesinato.

64. H, 53.

65. H, 65.

66. H, 89.

67. H, 113.

68. H, 95.

Quizás viera el cronista en la aparición de aquel cometa un signo del ataque meteórico de temible faetón de los hunos, aunque la concatenación de meses y días de *Cronicon* no coincida con el itinerario del propio Atila ni con la fecha de su muerte (454)<sup>69</sup>.

## 5. FENÓMENOS Y PRODIGIOS NO NATURALES

“En la región de la Galia (*Gallicana regione*), en la ciudad de Biteris (Biarritz) suceden muchos prodigios terroríficos (*terrifica*) que narra su obispo Paulino en una carta dirigida a todas partes (419)”<sup>70</sup>.

En la provincia de Galecia aparecen señales diversas de prodigios. En la Era D (a.462), el dos de marzo, al canto del gallo desde el ocaso se vuelve la luna como llena de sangre. Fue día viernes”.

“El mismo año) en el mes de junio, en la Galecia ardieron algunas casas de campo por los rayos, se quemaron rebaños de ovejas, se partieron sus carnes; caen del cielo lluvias teñidas; dos jóvenes adheridos mutuamente en su carne (siameses) murieron”<sup>71</sup>.

La serie de signos y prodigios extraordinarios que Hidacio observa en Galicia también se producen en la Galia, entre los godos, el año 468, dos años después del asesinato de Teodorico II por Eurico. Un poco más tarde, en el 469, los godos de Tolosa emprenderán una dura campaña de saqueo contra los suevos en la Lusitania:

“Los legados que vuelven del país de los godos relatan que se han visto algunos portentos en las Galias, que a la vista...ha aparecido de forma continuada (*de continuo*) un sol semejante al auténtico, pero distinto...en el ocaso del mismo. Que estando cierto día de su asamblea reunidos los godos, los dardos que tenían en las manos se cambiaron por la parte del acero, unos en punta de color verde, otros de rosa, otros de amarillo, otros de negro, perdiendo por al-

69. Una breve descripción del itinerario de Atila a mediados del siglo V: A<sup>a</sup>. M<sup>a</sup>. Jiménez Garnica, O.c., pp. 140-141.

70. H. 67. No hemos sabido identificar a Paulino de Biarritz. El nombre de Paulino de Nola (c.353-431), casado con Terasia, al que nos hemos referido más arriba, había nacido efectivamente en la Galia (*Burdigala*-Bourdeos), y tenía una parte importante de sus bienes patrimoniales en *Hispania*. Al dedicarse ambos esposos a la vida ascética, él fue ordenado presbítero en Barcelona, y después elegido obispo de Nola, pero no sabemos nada de su relación episcopal con Biarritz. Tampoco hemos encontrado en su obra esta llamativa noticia.

71. H, 121.

gún tiempo su natural color de hierro. Que en medio de la ciudad de Tolosa, por los mismos días, brotó sangre de la tierra y estuvo corriendo durante todo el día”<sup>72</sup>.

Y *Cronicon* se cierra con una serie de extraños prodigios que pergeñan la imagen de un mundo trastocada por prodigios completamente anormales, que ponen de manifiesto, una vez más, esa mentalidad de Hidacio fuertemente influida por ideas escatológicas que lo atormentan y que lo sitúan, con mayor o menor claridad, en los umbrales de la parusía o del final de los tiempos:

“En este mismo tiempo se difunde un clima de invierno, de primavera, de verano, de otoño, muy duro, fuera de lo corriente, con la mutación de aires y de frutos.

Se observan también bastantes señales y prodigios en lugares de la Galaecia. En el río Miño, a unas cinco millas del municipio de Lais, se pescan cuatro peces de aspecto desconocido, como lo refieren los hombres cristianos y religiosos que los habían capturado, marcados con letras hebreas y griegas, y con los números latinos de las eras, es decir, CCCCLXV, que contienen el círculo del año, con un pequeño intervalo de meses. No lejos del susodicho municipio cayó del cielo en forma de lentejas una forma de granos muy verdes, como cierta hierba, llena de amargor. Y otros muchos prodigios que sería prolijo mencionar”<sup>73</sup>.

## CONCLUSIONES: EN EL HORIZONTE, LA PARUSÍA

Es un final abrupto que compendia, de algún modo, las convicciones profundas del cronista, que se encuentra aislado en Galicia, el final del mundo civilizado, que vale tanto como decir, del imperio romano<sup>74</sup>. Por lo demás, un imperio agonizante por la presencia de pueblos bárbaros invasores, con inmensas virtualidades de disgregación del entramado estructural de Roma, sobre el cual se había edificado con solidez la Cristiandad. Los suevos, más preocupados

72. H, 131.

73. H, 135.

74. Cfr. R. W. Burgess, “Hydatius and the Final Frontier: The Fall of the Roman Empire and the End of the World”, *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, eds., R.W. Mathisen-H. S. Sirvan, London, 1996, pp. 321-332: “Hydatius was convinced that the World was soon about the end”.

por el botín y el poder de grupo dominante frente a la vieja aristocracia provincial y a los obispos, cumplen sobradamente esa función negativa en la *Gallaecia*, que para Hidacio simboliza la totalidad del Imperio a pesar de su situación geográfica excéntrica. Sus soberanos nunca fueron capaces de convertirse en *foederati*. Y al mismo tiempo, sabe muy bien que los godos de Tolosa cumplieron con cierta galanura esa función, aunque eran arrianos y enemigos, como los vándalos, de la fe ortodoxa de los preladados católicos.

La situación de la Iglesia tampoco era muy halagüeña. A las dificultades de tipo socio-político y económico, se unían las de índole religiosa: las herejías, y, sobre todo, el Priscilianismo. Era un universo romano-cristiano abocado al desastre, característico, según el prelado historiador, de la parusía del final de los tiempos anunciado por los profetas y los mismos evangelios de Jesús. Nada tiene de extraño que Hidacio descubriera en cada desastre, de cualquier tipo que fuere, y especialmente en los episodios anormales, un signo o, si se quiere, un anuncio profético anticipador de ese final. El obispo gallego conoce bien las profecías escatológicas de Daniel y las utiliza para ver como tendrán un cumplimiento en estos “mala tempora”, por la voluntad providente de la divinidad.

En varias páginas del texto cronístico pueden encontrarse de forma explícita o implícitamente referencias a pasajes bíblicos relacionados con los tiempos escatológicos. Cuando nos referíamos a los tremendos desastres que Hidacio relacionaba con las primeras invasiones de los pueblos germánicos a comienzos del siglo V, anotábamos ya como el cronista gallego relacionaba todos aquellos inhumanos episodios “con las cuatro plagas”: la espada, el hambre, la peste y las fieras, que campeaban a sus anchas por el universo mundo (*toto orbe*), para dar cumplimiento “a las predicciones anunciadas por el Señor por medio de los profetas”. El cronista que escribía, avanzado ya dicho siglo, y que conocía bien todos los horrores causados en la *Gallaecia* por aquellos pueblos no romanos, estaba inspirándose seguramente en los capítulos 7-10 del *Éxodo* bíblico: las plagas enviadas por Dios sobre Egipto, nueve en total, precursoras del final de la esclavitud del pueblo de Israel, antes de emprender su camino de liberación. El último libro de la Biblia, el *Apocalipsis* (15, 5-8), también se hace eco del texto veterotestamentario<sup>75</sup>.

75. M. Simonetti, “L’Apocalissi e l’origine del millennio, *Vetara Christianorum*, 26, 1989, 337-350. *The Apocalypse in the Middle Ages*, R.K. Emerson-B. McGinn, eds., Ithaca, London, 1992. L. García Moreno, “Expectativas milenaristas y escatológicas en la España tardoantigua (ss.V-VIII)”, *Spania. Studis*

Al historiar el año 414, no quiere omitir el matrimonio del godo Ataulfo con la princesa Gala Placidia:

“Ataulfo toma en Narbona por mujer a Placidia: y en esto se cree cumplida la profecía de Daniel, cuando dice que la hija del rey del Sur ha de unirse al rey del Aquilón; pro no queda ninguna descendencia de ella<sup>76</sup>.”

Se trata de una referencia clara a las interpretaciones proféticas del Daniel y a sus visiones sobre la historia política de la sucesión de los reinos antiguos, como preparación del futuro reino mesiánico, tan importante en toda la literatura apocalíptica de la Edad Media, cargada de intencionalidad ideológica en momentos de cambios o de crisis. Hidacio está refiriéndose concretamente a *Daniel*, 11,2-20. Nuestro historiador también apela a la autoridad de Daniel, el gran profeta de la escatología del Antiguo Testamento, para explicar la política arriana del vándalo Gaiseric en Cartago (439), claramente contraria a los fieles católicos: “Engreído Gaiseric, arroja al obispo y al clero de Cartago de la ciudad y, según la profecía de Daniel, alterados los ministerios sagrados, entregó a los arrianos las iglesias católicas”<sup>77</sup>.

La ruina de Jerusalén, relacionada en el discurso escatológico de los Evangelios sobre el final de los tiempos (Mt, 24; Mc, 13 y Lc, 21),

---

*d'Antiguitat Tardana oferts en homenatge al professor Pere de Palol i Saellias*, L'Abbadia de Montserrat, 1996, pp. 103-110: “Hidacio acabaría por asumir una postura de franca ruptura frente al povernir” (p.104). E. Romero Pose, “La utilización de la Apocalipsis en el De civitate Dei”, *Il de Civitate Dei, L'opera. Le interpretazioni. L'influsso*, ed. E. Cavalcanti, Roma-Freiburg,-Wien, 1966, pp. 325-354.

76. H, 61. El matrimonio entre el godo y la princesa se celebró en Narbona, el 1 de enero del 414. Quizás llame la atención el hecho de que Hidacio no manifieste ningún prejuicio negativo sobre el acontecimiento. Al fin y al cabo, y aunque el matrimonio tuviera claras intenciones políticas, no dejaba de ser una especie de claudicación para Honorio. Pero no conviene olvidar que los intelectuales de la época celebraron el fasto con composiciones poéticas al uso: A. M.<sup>a</sup>, Jiménez Garnica, O.c., pp. 70 y s. J. Campos, recoge una amplia descripción de aquel evento hecha por Olimpiodoro, que se hace eco de la “euforia y gozo” que causó la mencionada celebración entre los Bárbaros y los Romanos. Los vates que actuaron en ellas con epitalamios se llamaban Attalo, Rustico y Febadio: J. Campos, O.c., p. 151. El texto griego, en versión latina: *Photii, Myriobiblon sive bibliotheca librorum quos Photius patriarcha constantinopolitanus legit et censuit*, PG, 103, c. 265. El autor recensionado por Focio no es Olimpiodoro, como indica J. Campos, sino Apollodorus Atheniensis.

77. H, 82-83.. El traductor omite la referencia a la “profecía” de Daniel” del texto latino. No sabemos a que capítulo profético concreto se está refiriendo Hidacio. A. Mogliano, “Daniel y la teoría griega dela sucesión de los imperios”, *La historiografía griega*, Barcelona, 1984, pp. 257-274 (2<sup>a</sup> ed.).



también constituye una lugar de referencia para el autor del *Cronicon* a la hora de interpretar el saqueo de Braga y las terribles agresiones de Teodorico a las personas y las cosas de la iglesia de aquella ciudad el año 456, en un conocido texto que hemos reproducido unas páginas más arriba<sup>78</sup>. El texto de Lucas, por ejemplo, parece estar muy presente en la mentalidad del redactor del *Cronicon*: “Cuando oigáis hablar de guerras y revoluciones, no os aterréis. Es necesario que sucedan primero estas cosas, pero el fin no es inmediato. Y añadió: se levantarán nación contra nación y reino contra reino; habrá grandes terremotos, peste y hambre en diversos lugares; se verán cosas espantosas y grandes señales en el cielo (Lc, 21,9-11). Muchos de los prodigios que recoge Hidacio, copiados textualmente más arriba, se inscriben perfectamente en este marco ideológico preñado de referencias semejantes.

Y el colofón que cierra la obra completa resulta muy expresivo para comprender los supuestos providencialistas del historiador gallego frente a la Parusía que presiente cercana: los peces recogidos en el río Lais, cerca del Miño, “marcados con letras hebreas y griegas, y con números latinos de las eras, es decir, CCCCLXV”<sup>79</sup>. No resulta difícil pensar en el segundo vaticinio profético de Daniel, descifrando una visión del rey Baltasar, escrita por una mano misteriosa (Dn, 5)<sup>80</sup>.

---

78. H, 105, 107.

79. H, 135. No sabemos lo que significa esa Era. Se corresponde al año 427 y el autor de *Cronicon* no propone ningún acontecimiento para ese año.

80. Lo subraya también García Moreno: “Este guarismo constituía en la Apocalipsis cristiana lo que se conocía por un ciclo celeste. Un tal ciclo se había comenzado lógicamente con la crucifixión de Jesús; ultimándose así en el 398 de nuestra Era. Si a este año le sumamos sesenta más, en recuerdo del cautiverio de Babilonia, llegaríamos al 468, justamente cuando Hidacio optó por finalizar su Crónica, seguro que se encontraba viviendo en un momento apocalíptico y escatológico: L. García Moreno..., “Expectativas...”, l.c., p. 104.